

Los fieles de Fidel

RAMIRO ESCOBAR LA CRUZ¹

El 1 de agosto pasado, la noticia de que Fidel Castro delegaba «temporalmente» el poder (o poderes) a su hermano Raúl sacudió las redacciones y también el cotarro político latinoamericano. Especialmente el de los partidos o movimientos de izquierda que hoy están en el gobierno, en la oposición e incluso en la clandestinidad. ¿Qué herencia deja el mítico barbudo de Sierra Maestra? ¿Tiene aún fieles devotos, hijos rebeldes o parientes lejanos? Al parecer, se aproxima el fin del patriarca zurdo latinoamericano, pero no está claro si eso implicará un nuevo foquismo ideológico y político en nuestra región y en el mundo.

Si la historia no lo ha absuelto, por lo menos lo tiene en el confesionario. Dos semanas después del revuelo causado por el anuncio de su retiro «temporal» del poder, Fidel Castro apareció en la televisión postrado en una cama (una imagen hartamente inusual de él), al lado del presidente Hugo Chávez y vestido con un colorido buzo marca Adidas.

Lo deportivo y locuaz de la escena no escondía un envés doloroso y crucial: la «cumbre» informal de los dos comandantes trasuntaba un olor a cambio de guardia, a transferencia de mando, aun cuando ambos aparecían sonrientes y Fidel hablaba de cosas nimias, como los recuerdos amorosos del tropical mandatario venezolano.

EL SERVINACUY CUBANO-VENEZOLANO

¿Abre esa imagen un nuevo capítulo en el libro (¿rojo?) de la izquierda latinoamericana? Si uno se guiara por los juicios ligeros del exilio cubano más troglodita, podría pensar que, en efecto, lo que vimos fue el traspaso de la posta de un viejo saurio a un aprendiz de brujo comunista. Pero ese es un boceto surrealista.

Chávez es, sin duda, el presidente latinoamericano actual —no lo llamemos, por el momento, «líder izquierdista»— más cercano a Fidel. El mismo Comandante convaleciente ha dicho públicamente que lo admira y Carlos Lage, vicepresidente de Cuba, ha sido más claro al afirmar que hoy la isla «tiene dos presidentes».

Ese segundo presidente no es él (Lage) sino el otro Comandante, el que ahora les vende petróleo a precios soviéticos y en tanta cantidad que, incluso, Cuba puede darse el lujo de vender un saldo al exterior. Las banderitas venezolanas que adornan las refinerías de la isla dan fe de esta suerte de servinacuy político-económico.

El favor lo devuelve Cuba con los ya miles de médicos enviados a Venezuela para apoyar las «misiones» del gobierno chavista. O con la asesoría para las campañas de alfabetización en los barrios pobres de Caracas. Hay cierta exportación del modelo castrista al régimen venezolano, y no solo en materia de asistencia social.

Fidel ha estrechado relaciones con Chávez porque, a pesar de que no es un viejo conocido (la amistad con Lula es de más larga data), se aproxima más al perfil de heredero que él buscaba: es respondón, caribeño y partidario de la lucha contra «el enemigo exterior», un ítem muy útil para la supervivencia del régimen cubano.

No importa mucho que Chávez haya conocido, algo tardíamente (cuando estuvo preso luego del golpe de Estado de 1992), la doctrina de Fidel o la gesta del Che Guevara. Importa que da petróleo, que apoya en los foros internacionales, que imita el modelo cubano (lo que recicla su vigencia), que enfrenta sin ambages a los Estados Unidos.

Hacia el tramo final de su existencia, Fidel ha encontrado un hijo político putativo que puede prolongar su leyenda. Pero como todas las paternidades, esta también tiene sus complicaciones en la medida en que otros hijos, o parientes, del Comandante no están en la sintonía 'chavista' y ni siquiera felices con lo que pasa en la isla.

LULA SÍ, LULA NO

En octubre de 2003, el embajador brasileño en Cuba, Tilden Santiago, declaró a la agencia ANSA que

Fidel había designado a Lula «como su sucesor en América Latina». La noticia generó titulares, pero lo que en rigor dijo Castro fue: «El presidente brasileño tiene una visión estratégica a mediano y largo plazo».

La afirmación no significaba necesariamente declarar que el legado de, en ese momento, 45 años revolucionarios recaía en el líder del Partido de los Trabajadores (PT) y hoy mandatario del Brasil. Difícilmente sería así si se tiene en cuenta que en los más de veinticinco años de amistad entre ambos ha habido distancias y cercanías.

Lula respeta muchísimo a Fidel, le tiene un gran aprecio, lo visita y está al tanto de su régimen y de su vida. Por allí se explica el conato de primicia que, días después del retiro temporal de Castro del poder, soltó el diario *Folha de Sao Paulo*, al afirmar que en el Palacio de Planalto sabían que el presidente cubano tenía cáncer.

A pesar de que Planalto luego lo desmintió, hay razones para pensar que el gobierno brasileño está muy bien informado de lo que actualmente pasa. Lula y Fidel firmaron en 1980 el Foro de Sao Paulo, una suerte de cofradía de la izquierda latinoamericana, que los incluía a ellos y a diversos líderes y agrupaciones.²

Lula llegó a decir, en 2001, antes de ser presidente y refiriéndose a Fidel y a su régimen, «gracias por continuar existiendo». Pero él y el PT nunca comulgaron con la tesis del partido único y con recortar los derechos humanos. Este último es un tema que Lula ha tratado de debatir con Castro, incluso ya de mandatario.

Al mismo tiempo, Lula ha abogado siempre por no excluir a Cuba de la comunidad interamericana. Pero también cree que «eso de echarle la culpa al imperialismo de nuestra pobreza son tonterías». Su relación con el régimen castrista es matizada, no sumisa, y está mediada en parte por la presencia del fraile dominico Frei Betto.³

Tras el anuncio de la postración de Castro, Estados Unidos pidió al Brasil que intervenga «en el proceso de democratización de la isla post-Fidel». La respuesta del canciller Celso Amorim fue un rotundo «No», pues «no tenían ningún plan post-Fidel». En lo que sí podían cooperar era en fomentar un diálogo entre Washington y La Habana.

Antes, el Brasil ha ejercido sus buenos oficios para acercar a Washington y Caracas. Todo esto ubica a Lula en un papel de no enfrentamiento. No está en la trinchera castrista-chavista, no forma parte del presunto eje La Habana-Caracas-La Paz. Es más bien como un astuto sindicalista dispuesto a enfrentar negociaciones difíciles.

EJES Y CONFUSIONES

Lo anterior ha llevado a algunos sectores marxistas, que se pretenden casi químicamente puros, a situar a Lula en otra orilla (de hecho el PT ya ha sufrido cismas). Algunos «ortodoxos» incluso critican a Fidel por haberse aliado con «la otra mitad del imperialismo» (el europeo) y no hacer una revolución proletaria.

En el bando extremista contrario, la tendencia es a inventar una suerte de «eje del mal» La Habana-Caracas-La Paz y hasta, como Armando Valladares, el vitriólico disidente cubano, desconfiar de la sinceridad democrática de Lula. La inminente salida de escena de Fidel ha agudizado estas contradicciones y confusiones.

Lo real es bastante menos maniqueo. Sin duda existe una relación casi carnal entre Chávez, Castro y Evo Morales. En Bolivia, tras saberse de la enfermedad del Comandante, Morales se deshizo en buenos deseos, mientras varias organizaciones indígenas organizaron un ritual a la Pachamama por la salud del «compañero».

La Paz exhibe pintas «bolivarianas» y también la presencia de los afanosos médicos cubanos. Sin embargo, el MAS (Movimiento al Socialismo, el partido de Morales) no es el Partido Comunista Cubano y tampoco el Movimiento V República de Chávez. Tiene su propia lógica, más gremialista, y no es, para nada, tropical.

Lo indígena, algo tan ausente en los proyectos cubano y venezolano, sí tiene un papel en el proceso boliviano, aun cuando fue asumido tardíamente por el MAS. Morales, si bien vive apadrinado por Chávez y apachado por Castro, está más preocupado por su propio volcán indígena que por revoluciones continentales.

El Tratado de Comercio de los Pueblos⁴ sirve para la foto y el discurso, pero no ha impedido que

Morales, a diferencia de Chávez, insista en la necesidad de preservar la Comunidad Andina (CAN). Chávez, a su vez, ha sido bienvenido en el Mercosur e incluso a Castro se le ha hecho un espacio en este club integracionista.

Es más: poco antes de su postración, en julio pasado, Fidel viajó a la ciudad argentina de Córdoba (asunto que menciona en su declaración de transferencia del poder) para estar presente en la cumbre de este organismo. Allí sostuvo que, para obtener lo que los trabajadores necesitan, «no hace falta una revolución socialista».

¿Cuál es el nuevo eje entonces? El tejido es bastante más sutil de lo que piensan o explican algunos teóricos de la Casa Blanca. Lula puede llamarle la atención a Chávez, sugerirle a Castro que mejore su currículum de derechos humanos, pero no tiene ningún interés en aislarlos, en abandonarlos a su suerte y riesgo.

De Néstor Kirchner, el presidente argentino, puede decirse algo parecido. La Argentina, junto con el Uruguay de Tabaré Vázquez, participa con fondos estatales en el proyecto televisivo Telesur, que es financiado mayoritariamente por el régimen chavista. No es un devoto de Fidel, pero tampoco lo condena acremente.

Incluso Michelle Bachelet, representante del socialismo latinoamericano más *light*, sentó posición en su campaña electoral cuando dijo que no debía excluirse a nadie en la región. Los pasos que ha dado como presidenta van en el mismo sentido: en el sentido de una suerte de pluralismo progresista democrático y no excluyente.

LO QUE QUEDA DEL DÍA

En vez de ejes marcados, rígidos, existen corrientes, que en cierto modo también expresan mayor o menor cercanía con el icono que aún representa Fidel. La divisoria de aguas la marcan, sobre todo, los derechos humanos y el pluralismo político, que siempre han sido los mayores baches en la política cubana oficial.

Lula y Kirchner —y también la Bachelet— jamás podrían ser dubitativos en esas materias por su historia y por su propia experiencia, pero también porque se han dado cuenta de la eficacia, al menos macroeconómica, de un sistema democrático convencional con sentido social. Castro no entiende ese lenguaje, pero lo respeta.

Sus colegas tildados de «socialdemócratas» también lo entienden a él, condenan el bloqueo estadounidense, pero no están dispuestos a tapar el sol caribeño con un dedo. En el intersticio, hay espacio para acuerdos políticos, comerciales, para buenos oficios diplomáticos, para ceremonias oficiales y transferencias de mando.

Las épocas en que Fidel exportaba la Revolución, apoyaba a movimientos como el Farabundo Martí de El Salvador o los sandinistas, concluyeron. Peor aún: los propios sandinistas hoy están aliados, para las elecciones de noviembre, con un sector de ex somocistas, como si la sangre derramada fuera fácilmente olvidada.

La figura del Che sobrevive, por cierto, aunque más como un mito movilizador que como una realidad. Se cuenta que en la izquierda estadounidense hay quienes creen que Chávez es el nuevo Guevara, pero la comparación es arbitraria. Entre ambos comandantes hay una distancia marcada por carácter, nobleza, consecuencia.

Alguien tan legendario como Joaquín Villalobos, ex comandante del FMLN (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional de El Salvador), dice que «Cuba debe ser ahora un tema de segundo orden». Para él, «la utilización del capital extranjero con fines civilizadores en pueblos atrasados» es una idea de izquierda.

El mismo Chávez no parece interesado, al menos a la fecha, en expropiar los medios de producción, ni en dejar de mandar petróleo a los Estados Unidos, a pesar de sus filípicas contra Bush. La izquierda, en suma, tiene varias corrientes en América Latina, más o menos respondonas, pero difícilmente quiere «cubanizar» la región.

Hasta el régimen chavista sabe que los trasplantes que ha hecho del sistema castrista tienen un límite, dado por el contexto financiero internacional, los precios del petróleo y la atmósfera política latinoamericana. Eso no impediría, sin embargo, que en su enfrentamiento con la Casa Blanca se llegue a un momento de clímax.

EPÍLOGO

Si eso sucediera, la hora más estelar de Chávez habría llegado y Fidel podría, por fin, descansar en paz. Pero el propio Castro cuenta en el libro *Biografía a dos voces* (larga entrevista que le hace Ignacio Ramonet) cómo ayudó a Chávez a salir del golpe que enfrentó en abril de 2002, lo que le quita emoción a otro desenlace.

Sus recomendaciones bailaron entre lo militar (proveerse de una fuerza leal poderosa) y lo político (no renunciar). Y aunque el episodio tuvo un cierto sabor a lo ocurrido en Bahía de Cochinos en 1961, no es visto, en modo alguno, como una gesta histórica memorable. Sí como un pacto casi de sangre entre Castro y Chávez.

Los dos hoy están sentados sobre un magma político de izquierdas variopinto, distante del pensamiento único. Ese conglomerado, cuando finalmente Fidel se vaya, lo absolverá, hará que pase a la historia, pero difícilmente asumirá su herencia a rajatabla. Ni permitirá que Chávez se vuelva un problema por cuarenta años más. ■

- 1 Periodista y analista internacional.
- 2 El Foro de Sao Paulo alberga también al Partido de la Revolución Democrática (PRD) de México, hoy en ardua lucha por el resultado de las recientes elecciones generales mexicanas.
- 3 Frei Betto es autor del famoso libro *Fidel y la religión*, que retrata el pensamiento religioso de Castro.
- 4 Tratado que firmaron Castro, Morales y Chávez en La Habana, en oposición al tratado de libre comercio promovido por los Estados Unidos con algunos países andinos y con Centroamérica.